



«Mientras un profundo silencio lo envolvía todo y la noche llegaba a la mitad de su carrera, tu Palabra omnipotente se lanzó desde el cielo, desde el trono real...»

Con este precioso texto, hemos iniciado la celebración eucarística en este domingo segundo después de la Navidad. Este pasaje nos introduce en un misterio de silencio y de irrupción, pero también en un misterio de anticipo. Todo parece quieto, la noche está en su punto más hondo, y precisamente antes de que amanezca, acontece la acción decisiva de Dios. No con estruendo, no con ruido, sino en el momento en el que todo parece suspendido.

La Escritura nos enseña que Dios actúa cuando el hombre ya no controla, cuando las fuerzas se han agotado, cuando la noche parece completa. Ese silencio no es vacío ni ausencia: es un silencio cargado de promesa, un tiempo en el que algo está a punto de suceder. Es el silencio antes de la Palabra. La liturgia de la Navidad ha visto siempre en este texto una profecía y un anticipo del nacimiento de Jesús. Cuando el mundo dormía, cuando la historia parecía cerrada en su rutina, la Palabra eterna del Padre descendió. Aún no se ve la gloria, pero ya está en camino. Aún no se oye el canto de los ángeles, pero el silencio lo contiene.

San Gregorio de Nisa comentaba que Dios entra en la historia sin violentarla, como la luz que no rompe la noche, sino que la vence desde dentro.

Ese silencio nocturno es ya el umbral del día, la frontera donde lo invisible empieza a hacerse

presente. La Palabra no destruye el silencio: nace de él como su cumplimiento.

También Ambrosio de Milán enseñaba que Cristo desciende cuando cesa la agitación humana, para mostrarnos que la salvación no nace de la prisa ni del ruido, sino de la acogida confiada. El silencio es así anticipación del don, espacio preparado para recibirlo.

Este texto nos habla, por tanto, de un tiempo intermedio: no es todavía la manifestación plena, pero ya no es simple espera. Es el instante en que Dios se acerca sin ser aún reconocido, el momento en que la noche guarda en su seno la luz. La Palabra “se lanza” desde el cielo, pero lo hace de manera escondida, anticipando una salvación que se revelará poco a poco.

La liturgia recoge esta verdad en el himno *Verbum supernum prodiens*, (Palabra que procede del cielo) cuando canta que el Verbo eterno sale del Padre para entrar en nuestra carne, en nuestra historia. Es Jesús a quien, en estos días, lo celebramos nacido en Belén. No abandona su eternidad, pero la anticipa en la humildad y la siembra para nosotros en nuestra fragilidad.

Por eso esta Palabra “omnipotente” no viene a aplastar, sino a preparar, a sanar, a abrir camino. En medio de nuestras oscuridades personales —miedos, dudas, cansancios— Dios sigue pronunciando su Palabra, muchas veces antes de que lo percibamos, antes de que llegue la claridad. Hemos de pedir la gracia de comprender el valor del silencio interior: no como simple pausa, sino como tiempo de gestación, como anticipo de la acción de Dios. Que sepamos esperar sin inquietud, escuchar

sin ansiedad, confiar sin ver todavía.

Porque cuando todo parece callar y la noche parece avanzar, Dios ya está actuando. Y ese silencio no es el final: es el comienzo de la salvación. Amén.



El capítulo segundo del evangelio según san Mateo, que se proclama en esta fiesta de la Epifanía del Señor, popularmente la fiesta de Reyes, nos presenta un itinerario espiritual completo: la búsqueda sincera, la adoración humilde, el rechazo violento y la huida confiada. En este relato se nos revela quién es Jesús y, al mismo tiempo, qué actitud adopta cada corazón ante su venida.

Los Magos llegan de Oriente guiados por una estrella. Son extranjeros, no pertenecen al pueblo de

la promesa y, sin embargo, son los primeros en ponerse en camino. San León Magno comenta que en ellos *“comienza a brillar la vocación de todos los pueblos”*, porque la Epifanía es la manifestación de Cristo a las naciones y no solo a Israel.

La estrella no les conduce directamente al Niño, sino a Jerusalén. Allí aparece Herodes, figura del poder cerrado sobre sí mismo. Mientras los Magos preguntan y buscan, Herodes se inquieta y teme. San Agustín de Hipona lo expresa con claridad: *“Herodes teme perder su reino; los Magos buscan al Rey que no quita nada, sino que lo da todo.”*

Los Magos encuentran finalmente al Niño en la pequeñez: no en un palacio, sino en una casa; no rodeado de ejércitos, sino en brazos de su madre. Y allí se postran y adoran. La liturgia resume este gesto con una frase admirable: *“Venimos a adorar al Señor”*. La fe verdadera siempre termina en adoración.

Pero el evangelio no se queda en la luz de la estrella. Mateo nos conduce inmediatamente a la oscuridad: la matanza de los inocentes y la huida a Egipto. Cristo, apenas manifestado, es ya perseguido. Como dice Orígenes, el Hijo de Dios *“aprende desde la infancia lo que significa ser rechazado por el mundo que ha venido a salvar”*. Hoy como ayer, Cristo es perseguido en los cristianos a lo largo de todo el mundo. Esto nos recuerda que la fe no es un adorno cultural ni una costumbre heredada, sino una adhesión radical a una Persona. Allí donde la fe es probada, se purifica. Allí donde es amenazada, se vuelve esencial. Su testimonio nos interroga: ¿Qué lugar ocupa Cristo en nuestra vida cuando no hay riesgo? Cuando un cristiano sufre por su fe, su dolor

no es aislado: es el dolor del Cuerpo de Cristo.

Su sufrimiento nos llama a la comunión:

- a la oración, que sostiene en silencio;
- a la solidaridad, que no olvida;
- a la conversión, que nos despierta de la tibieza;
- a la esperanza, que no se resigna.

Aquí descubrimos un misterio profundo: Dios se manifiesta, pero no se impone. La Epifanía no elimina la cruz; la prepara. La luz de la estrella no evita la noche, pero la atraviesa. Por eso la liturgia une siempre Epifanía y Pascua: el mismo Cristo que es adorado por los Magos será rechazado por los poderosos.



José, figura silenciosa y fiel, obedece al ángel y huye. No discute, no pregunta, confía. San León Magno afirma que en José vemos *cómo “la obediencia humilde protege el misterio de Dios en la historia”*. A veces, custodiar a Cristo no significa comprenderlo todo, sino ponerlo a salvo con fe. Este evangelio nos hoy:

- ¿Somos buscadores como los Magos, o defensores de seguridades como Herodes?
- ¿Sabemos reconocer a Cristo en la humildad?
- ¿Aceptamos que seguir su luz implica también incomprensión y cruz?

Hemos de pedir al Señor la gracia de caminar guiados por su luz y de adorarlo con sincero corazón .

**EN LAS
FUENTES
DE AGUA
VIVA**

CATEDRAL
DE OVIEDO



**II DOMINGO
DE NAVIDAD**



**UN SILENCIO
SERENO**